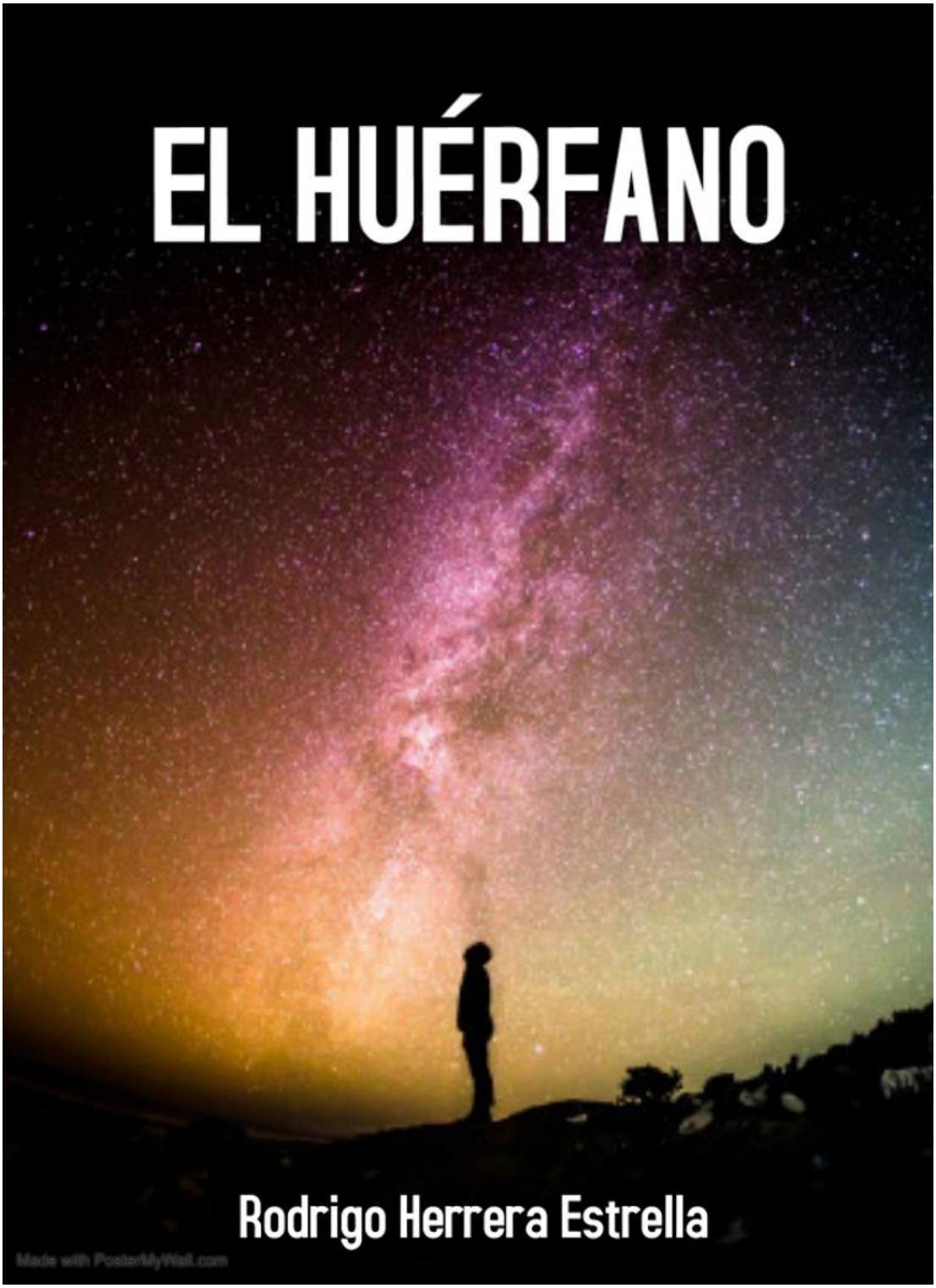
El Huérfano

Rodrigo Herrera Estrella



Capítulo 1

EL HUÉRFANO

Les contaré todo, pero no le hagan daño por favor. ¡Tienen que prometérmelo!

Lo encontré hace tres meses, cuando iba conduciendo a mi casa después del trabajo. Fui por el camino del bosque, por el mismo que paso siempre, y estaba todo normal hasta que sentí un llanto, pero no con mis oídos… Lo sentí dentro de mi cabeza. En mi mente resonaba el inconfundible llanto de un bebé.

Me detuve junto al camino, bajé del auto y me adentré en el bosque siguiendo ese "sonido", hasta que vi una camioneta incrustada en el tronco de un árbol, con los vidrios rotos y humo saliendo del capó. Me acerqué corriendo, y cuando llegué vi que adentro estaba el cuerpo de un hombre. Tenía la camisa empapada de sangre que todavía brotaba de un agujero en su pecho. Un agujero de bala seguramente. Sus ojos estaban abiertos y eran azules como el cielo, pero ya reflejaban el vacío de la muerte.

Atrás estaba un bebé recién nacido llorando en su silla de seguridad, pero lo hacía con su boca cerrada ¡Con su boca cerrada! No podía creerlo. Arrugaba su carita en una mueca de dolor, tenía un trozo de vidrio

incrustado en la frente, y cuando se lo saqué brotó mucha sangre, tiñendo de rojo su rostro y su ropita. Tenía los ojos azules y el cabello blanco, igual que el hombre que yacía en el asiento del piloto. Supuse que estaban emparentados.

Tomé al pequeño y lo llevé a mi auto. Lo senté en el asiento trasero, humedecí un pañuelo con agua y cuando limpié la sangre que cubría su rostro sentí un escalofrío. La herida de su frente se había desvanecido sin dejar ninguna marca ni cicatriz.

Tenía que llevarlo al hospital, así que le puse el cinturón de seguridad, encendí el auto y entré a la carretera. Justo en ese momento pasaron tres camionetas militares por la pista contraria. Iban a toda velocidad, pero alcancé a ver que todos los ocupantes llevaban fusiles de asalto en sus manos, y al mirar por el espejo retrovisor vi que entraron al bosque justo por donde yo acababa de salir. ¿Ellos le habían disparado al hombre de la camioneta? ¿Estaban buscando al bebé que yo acababa de recoger? Esas preguntas se arremolinaban en mi cabeza hasta que llegué al hospital.

El edificio estaba cercado por militares, dos hombres armados comprobaban la identidad de todos los que entraban y salían, y un helicóptero negro vigilaba desde las alturas. Entré en pánico y viré en "U" a toda velocidad.

Cuando llegué a mi casa estaba fría y vacía, igual que siempre desde que mi esposa se fue con el hombre que le dio los hijos que yo no pude. El niño lloraba de nuevo, sin despegar sus labios, arrugando su carita y meneando la cabeza. Después de reemplazar su pañal sucio por un paño de cocina, le preparé una papilla de verduras que devoró en segundos. ¡Pobre criatura! ¡Estaba muerta de hambre! Le di medio kilo de comida hasta que se calmó y por fin se quedó dormido. ¡Medio kilo!

Hace más de veinte años que doy clases de biología en la universidad. Tengo un doctorado en genética, he realizado varias investigaciones y publicaciones en mi campo, pero nunca había visto ni leído nada como esto. ¿Telepatía? ¿Regeneración acelerada? Me sentía atrapado en otra dimensión.

¿Debí reportar a las autoridades lo que estaba sucediendo y entregarles al niño? ¿Qué harían con él en ese caso? No quería ni pensarlo. Seguramente la vivisección estaría en su lista de cosas por hacer. Y además ¿Qué harían conmigo? Seguramente terminaría con una bala en el pecho, igual que el hombre que aparentemente era su padre. Decidí lo obvio, iba a criarlo como si fuera mi propio hijo ¡No me miren así! ¿Qué más podía hacer?

Al día siguiente pedí vacaciones en mi trabajo, para cuidarlo a tiempo completo, por lo menos hasta que comprendiera mejor la situación y

pudiera contratar a una niñera. Lo más sorprendente fue que en una semana el bebé ya tenía la talla y motricidad de un niño de un año. Además, los pensamientos que me transmitía telepáticamente eran cada vez más claros, y a veces ocupaba palabras o imágenes que yo podía reconocer.

La curiosidad me mataba. Tenía que saber quién era ese niño, de dónde provenía. ¿Era un humano con habilidades extraordinarias? ¿Un ser de otro planeta? La única forma de averiguarlo era con un análisis de ADN, así que un día mientras el pequeño dormía le di un pinchazo en la pierna y le saqué unas cuantas gotas de sangre. Era arriesgado enviarlas a cualquier lugar, así que hablé con un amigo que trabaja en un laboratorio. Me costó convencerlo, pero me prometió que me enviaría los resultados con total discreción.

Rechazó las muestras dos veces diciendo que estaban contaminadas, pero después de la tercera me envió un sobre con los resultados: "ADN NO HUMANO. ESPECIE INDETERMINADA". Esperé tres meses por esa respuesta y cuando la tuve no la podía creer. No sé cuánto tiempo me quedé sentado, en silencio, leyendo y releyendo las palabras impresas en esa hoja de papel. "Pobre niño —pensé—, su origen será un misterio. Siempre será un extraño, un huérfano en nuestro mundo". Y en ese momento apareció él, mi hijo, restregando sus ojos para espantar el letargo matutino. Tenía tres meses de edad, pero ya parecía un niño de seis años.

—Papá ¿Qué es huérfano? — me preguntó.

Me quede mirándolo con ojos desorbitados. Eran sus primeras palabras… Sus primeras palabras pronunciadas con la boca.

—Nada hijo, no es nada —le dije mientras lo abrazaba, llorando—. Solo recuerda que pase lo que pase yo soy tu padre. Y te amo, te amo mucho.

Ese fue el momento en que ustedes llegaron. Derribaron mi puerta, me golpearon y me tomaron detenido. Eso es todo lo que pasó. Es todo lo que sé. Y ahora estoy aquí, esposado en una sala de interrogaciones… Sin él ¡Sin saber nada de él! ¿Cómo está? ¿Él está bien?

TYRELL
CORP.